

bian prestado, el reconocimiento de una multitud de ilustres discípulos que habían formado, y tantos gloriosos títulos que les eran propios. La calumnia no dejó de perseguirlos mas allá de su proscripción, y esta sociedad, heredera y depositaria fiel del corazón de Enrique IV, se vió con el mas amargo dolor envuelta en su caída en la tenebrosa suposición de haber querido atravesar el corazón de un descendiente de este gran rey."

Aquí tiene vd. en este fragmento de la *Revista de Oxford y de Cambridge*, del mes de Julio de 1845, como se expresa el editor al tratar de los generales y principales miembros de la Compañía:

"Ellos fueron siempre y son todavía hombres de gran carácter y prudencia, y de una resolución que nunca se encuentra en las personas del mundo: de un talento lleno de calma é ilustración, junto con un corazón ardiente que nadie ha osado jamás tachar de insensibilidad; á quienes pueden fiarse en consecuencia los mas áridos negocios, seguros de que serán desempeñados, no con el rastro artificial que suele á veces calificarse de habilidad, sino con grandeza de ingenio y honradez sin igual. Bajo la conducta de estos admirables guías, y combatiendo sin cesar por la causa de la virtud, de la pureza, del orden civil y religioso, marcha el grande ejército de los Jesuitas; grande, no por el número, sino por las obras y compuesto de predicadores eloquentes, de misioneros, á quienes los mas ásperos trabajos no hacen perder la urbanidad de las maneras: de literatos, de fino gusto y de imaginación viva; de sábios, con la pasión, aunque sin la monomanía del estudio; de hombres, en fin, viviendo en el mundo sin ser mundanos."

Oiga vd. cómo escribía el ministro de la guerra de la Gran Bretaña, Macaulay, en la *Revista Británica*, del mes de Enero de 1841.

"Al célebre Ignacio de Loyola, que en la grande reacción católica, representa el mismo papel que Lutero en la revolución protestante, se deben en gran parte los progresos de la restauración católica en el siglo XVI. . . . No estando satisfecho del método de los teatinos, este español se dirigió á Roma. Entró pobre, oscuro, sin protector en esta ciudad, donde á esta hora dos grandes basílicas, adornadas de hermosos cuadros y variados mármoles, recuerdan los servicios prestados por él á la Iglesia, en que su estatua de plata maciza se eleva magestuosamente, y sus cenizas, colmadas de honores, descansan sobre el mismo altar de Dios. Su santidad y zelo sobrepujan todos los obstáculos, y la orden de los Jesuitas comenzó á existir bajo su dirección, llegando rápidamente á la plenitud de su gigantesco poder. Todas las páginas de los anales europeos, durante gran número de generaciones, testifican la dedicación, la política, la perfecta regularidad, valor intrépido, abnegación, olvido de los lazos mas queridos del hombre privado, la profunda y tenaz consagración para llenar el objeto propuesto, la prudencia infinita en el uso de los medios que distinguieron á los Jesuitas en el combate por su Iglesia. El espíritu católico se había concentrado en el seno de la orden de Jesus,

y su historia es la de la grande reacción del catolicismo. Esta Compañía se apoderó de la dirección de todas las instituciones que obran mas poderosamente sobre las almas, el púlpito, la prensa, el confesionario, las universidades. Donde predicaba el Jesuita era muy reducido el mayor templo para el auditorio. El nombre de Jesuita al frente de una obra, le aseguraba el éxito. Al oído de un Jesuita era donde los poderosos, los nobles y señores, confiaban la historia secreta de su vida. De la boca del Jesuita aprendían los jóvenes de las clases elevadas y medias los primeros rudimentos de los estudios, hasta la retórica y la filosofía. La literatura y las ciencias, asociadas hasta entonces á la incredulidad y heregía, se convirtieron en aliadas de la fé ortodoxa. — Victoriosa la Compañía de Jesus y hecha dueña de la parte meridional de la Europa, se preparó á otras conquistas. Viendo sin ninguna inquietud los mares y desiertos, la hambre, la peste, los espías y leyes penales, las cárceles y tormentos, los patibulos y las horcas, aparecieron los Jesuitas en todos los países y bajo todas las formas: como estudiantes, como médicos, como mercaderes, y aun como criados, se les vió en la corte hostil de Suecia, en los antiguos castillos del condado de Chester en medio de los ásperos terrenos de Connaught; allí disputaban, enseñaban, consolaban, atraían á sí los corazones de la juventud, reanimaban el valor de los tímidos y ponían el crucifijo en los labios de los agonizantes. — El antiguo mundo, era muy limitado para una actividad tan asombrosa. Los Jesuitas abordaron á las costas que los grandes descubrimientos de los marineros del siglo precedente habían franqueado á las empresas de los europeos. Muy pronto se les encontró en el fondo de las minas del Perú, en los mercados de esclavos de las carabanas africanas, en las riberas de las islas lejanas, en los observatorios de la China; hacían prosélitos en lugares en que solo habían conducido á sus compatriotas la avaricia ó la curiosidad; predicaban y disputaban en anos idiomas de que no habrían comprendido una palabra ninguno de los hijos del Occidente."

Otro ministro de justicia y del interior de Francia, el conde de Peyronnet, en un periódico que con el título de *Esquisses politiques*, se publicaba en París en 1829, insertó en uno de los primeros números el pasaje que paso á exponer.

"Se ha dicho que los Jesuitas son perniciosos á la religión, ¿y por quienes? Por aquellos que no aspiran sino á arruinarla. Se clama que son enemigos de los reyes; ¿y de dónde emana ese grito? De los que solo intentan destronarlos á todos. Se acusan de adversarios de la constitución; ¿y de qué parte viene tal denuncia? De la de aquellos que la violan abiertamente. Se grita que ejercen un influjo perjudicial en el estado; ¿y de dónde sale ese clamor? De las filas revolucionarias, cuya funesta influencia produce muchos años há, todas las desgracias sociales. Se les echa en cara que no son tolerantes; ¿y quiénes los inculpan? Hombres animados hácia ellos de la mas cruel intolerancia que existió jamás, la de los que nada creen. Se

verifera que son enemigos de la libertad, ¿y cuáles son sus denunciantes? Los que los lanzan de sus iglesias, de sus escuelas, y de su país: los que atacan á la vez en sus personas la libertad religiosa, la libertad política y la libertad civil. Es cierto que la necesidad de tales acusaciones y el desearo de los acusadores, bastan para justificar á sus víctimas; pero cuando se deseaba ser engañado y se queria serlo, ¿qué hacer en este caso? Por mí lo digo: aunque temiera á los Jesuitas, tanto como el mas fanático de sus enemigos, siempre creeria que la conservacion de la libertad de conciencia es de mas precio que su espulsion”

*La Gaceta de Francia* del 24 de Mayo de 1828, de esta manera arguye á los liberales, que olvidando sus principios, persiguen á los Jesuitas con los añejos argumentos y máximas despóticas del siglo pasado. Escuche vd., que parece haberse escrito espresamente para nuestros tolerantes.

“Con que en fin, vuestra sentencia está dada: no queréis Jesuitas. Bien; pero ántes espliquéronos un poco. Puede haber hombres en el mundo que observen aisladamente la regla de San Ignacio: ¿hablais con estos? Si así es, ¿cómo entendeis la libertad civil y la de conciencia? Puede haberlos tambien que quieran formar una sociedad, para vivir reunidos en una casa que les pertenece, bajo una regla canónica, para la que prefieren la regla de San Ignacio á las demás; que les acomode vestirse del mismo traje, comer en la misma mesa, ayunar los mismos días, levantarse á la misma hora para hacer oracion á Dios. ¿Qué reprendeis en estos? ¿La regla de vida? ¿Dónde está entónces la libertad civil? ¿La regla de orar? ¿qué viene á ser la libertad de conciencia? Puede haber igualmente ciertos hombres, ligados con ciertos votos religiosos, los de San Ignacio por ejemplo, que quieren consagrar su vida á la educacion de la juventud, ya en los colegios públicos, ya en los establecimientos sujetos á los obispos, ya, en fin, en las casas particulares, á los niños á quienes les confian sus familias. Si á éstos son los que perseguís, advertid, que si enseñan en los colegios del gobierno, de éste es la culpa que los llama; si en los del ordinario, atacais la libertad de nuestra Iglesia, de que os mostrais tan celosos; si privadamente os tomais el derecho de inquirir en las familias las reglas de su vida y de sus creencias. ¿Conque pretendéis que todo sea libre en vuestro país, menos la educacion de las familias...? (Me decis que varios decretos los han espulsado del reino. Es cierto; pero háblase del instituto de los Jesuitas, de su órden con cierta existencia legal, ciertos derechos de cuerpo, ciertos privilegios concedidos, y todo esto bien podeis negarlo ó concederlo. Pero el domicilio, el domicilio comun, el domicilio considerado con respecto á ciertos individuos que lo ocupan sin afectar otros títulos. ni pretender mas ventajas que las que corresponden á todos los ciudadanos ¿qué tiene que ver con esos edictos? ¿Qué son estos, sobre todo, ante las leyes que la revolucion ha impuesto, y el esta-

do político que la restauracion ha fundado?... / Ambas han borrado hasta las últimas trazas de las interdicciones civiles y políticas, fulminadas en otro tiempo contra ciertos votos, condenándolos á la pena de escándalo y absurdo. / Pero si el judío hace cuanto quiere como judío, y el protestante como protestante, con mayor razon el católico puede ser religioso, y el ministro de la religion del Estado puede ser Dominicó ó Jesuita. Y cuando los edictos promulgados en otras épocas contra los judíos y protestantes han desaparecido ante las leyes que acuerdan indistintamente á todos los franceses la libertad civil, la libertad política y de conciencia, ¿reclamais abiertamente una escepcion de servidumbre y dependencia al privilegio de intolerancia é interdicion, á favor de esos edictos predilectos que hirieron á los Jesuitas?... Vosotros, últimamente, no los queréis, y este es punto decidido; pero ¿los quieren los padres de familia á quienes creemos algo interesados en esta cuestion, para que eduquen á sus hijos: ¿los quieren los obispos para los ministerios de predicar y confesar en sus iglesias, y para el de enseñar en los colegios que están bajo su dependencia. ¿Y á nombre de la libertad obligareis á aquellos á sacrificar sus opiniones, é invocando los derechos episcopales, quitais á estos los ministros de que gustan valerse? Sin embargo, así lo queréis; pero si cuando se os presenta algun maestro protestante, judío, ó mahometano no lo rechazais y ántes lo animais con vuestra aprobacion; ¿á nombre de la misma tolerancia é igualdad constitucional condenais y proscibís al preceptor que sea Jesuita? ¡Oh hombres libres, cuya imparcialidad edifica!”

El siguiente fragmento del *Correspondiente Suizo*, del mes de Mayo de 1844, viene tambien muy á propósito para la polémica suscitada en Querétaro con motivo del restablecimiento de los Jesuitas, á quienes se atribuyen las discordias suscitadas en ese Estado. Atiéndalo vd., que es bastante curioso:

“Decís, que los Jesuitas son reos de todos los males que afligen la confederacion [suiza]. porque viniendo á Lucerna podian y debian preveerlos — Pero ¡buen Dios! ¿podia preverse una organizacion (nueva en la historia) de satélites, legalizados con las armas y la proteccion de los gobiernos, para lanzarse sobre un país confederado á incendiarlo y devastarlo? ¿Quién podia preveer que los regeneradores de la humanidad estuvieran en un estado de tan profunda corrupcion, que viesen con escarnio las leyes divinas y humanas, los derechos de propiedad, de las personas y de la religion, para llevar en triunfo el perjurio, pagar la felonía y predicar el asesinato público y privado? Vosotros, ó radicales, debiais preveer, que con la injusticia, la violencia y la muerte, no se conduce á un pueblo á la felicidad, sino al llanto; no se ordena una República, sino se disuelve; debiais así preveerlo, porque os abundan tanto las luces, y para no haceros reos de los males que despedazan á la pátria y que pretendéis echar á cargo de los Jesuitas.— Pero despues de aquellas escenas de sangre, ¿no

debían los Jesuitas, si tuvieran sentimientos de humanidad, retirarse y no encapricharse en ir á Lucerna, pasando sobre cadáveres y ruinas? Esto dicen los mas discretos.—Pero, por favor, ¿las convenciones estipuladas no deben mantenerse? Si Lucerna, primera parte estipulante, sostiene su contrato con las armas en la mano, á costa de todos los sacrificios, ¿los Jesuitas que forman la otra parte podían retirarse con honor? Si despues de tantos sacrificios y peligros, entre los sudores de la victoria, Lucerna hubiera sido abandonada de los Jesuitas, y éstos hubiesen hecho allí lo que no pudieron alcanzar los cuerpos francos; decidme: vosotros que juzgais tan necesario que los Jesuitas cediesen; si hubieran cedido ¿no habriais sido los primeros y con razon, en levantar la risa y gritar por todas partes: *¡palabra de Jesuita! ¡bien os está, señores! ¡Fiaos de los Jesuitas, ellos os dejan plantados en lo mejor!* En lugar, pues, de reprender al que no renuncia á sus propios derechos y á su honor, por haceros merced, lamentad al que no deja de ofender los derechos ajenos y no vacila por satisfacer sus caprichos, en sumergir á su propio pais en los horrores de la anarquía y de la guerra.—Recordais el artículo VIII del Pacto, que dá facultad á la Dieta de armarse contra todo lo que amenaze la pública tranquilidad. ¿Y qué se sigue de aquí contra los Jesuitas?—Pero vamos á ese artículo, que no se recusa por nosotros. Reflexionad bien, que él no dá derecho á la Dieta para armarse contra opiniones políticas, contra doctrinas, influjos y tendencias, sino contra hechos precisos y materiales. ¿Y á quienes pertenecen estos ataques contra la pública seguridad? ¿A siete inermes eclesiásticos, ó á una horda numerosa, que armada de todas armas entra en el territorio de otro, viola la soberanía y libertad de los cantones, provoca la intervencion estrangera y amenaza la existencia de la confederacion? Vosotros invocais, aunque bien desgraciadamente, el artículo VIII del Pacto contra los Jesuitas; pero permitidnos que á nuestra vez os recordemos, que éste, el I y el XII, han sido altamente infringidos por vosotros.—Para inducirnos á desterrar á los Jesuitas, ¿nos llamais á consejos de paz, de tolerancia y de moderacion?—Admitido. ¿Pero moderacion á nosotros, para vosotros que por un puro capricho poneis fuego á toda la confederacion? ¿Tolerancia en nosotros, por vosotros que quereis á fuerza el sacrificio de nuestra conciencia, de todos nuestros mas sagrados derechos y de nuestra misma vida? ¿Paz? ¿Y por qué nos la quitais? La paz, la moderacion, la tolerancia que nos son tan queridas y que invocais, han sido ofendidas por vosotros, contra vosotros claman.”

Echando despues en cara á los radicales sus calumnias contra los Jesuitas, y especialmente su empeño en hacerlos sospechosos ante los mismos católicos que los habian llamado y sostenido, les arguye así:

“Medid bien vuestras armas, no sea que en vez de llegar á vuestros adversarios, os hieran á vosotros. Oponed á los Jesuitas ante

los protestantes, ya que en vuestra lógica deben aceptarse las denuncias de declarados enemigos, las acusaciones de los que por su diversa comunión deben profesarles un ódio mortal; pero guardaos bien de pretender infundir desconfianza sobre su ortodoxismo, su utilidad y servicios á la Iglesia romana, á los católicos, porque servirán tales argumentos para ponerlos en ridículo. La grata y venerable memoria de San Carlos Borromeo y de San Pio V, que reina siempre viva en los cantones suizos ortodoxos, os ha inspirado la idea de abusar de su nombre, falsificando hechos y alterando escritos, para convertirlos en adversarios de los Jesuitas. Pero sin duda ignorais la historia, ó solicitais enganar á los sencillos y poco cautos. Asegurais que el primero de dichos santos jamás tuvo *buená opinion* de ellos, y el segundo *anunció próxima su ruína*. Pues sabed que esos colegios de Friburgo y Lucerna de que pretendéis lanzar á los Jesuitas, obras son del santo cardenal, así como los de Verona, Brescia, Mantua, Dilinga, Arona, Vercelli, Dilinga y Génova, de los que tambien fué fundador. Sabed que promovió grandemente con sus recomendaciones y cartas, los de Lintz, Gratz, Aquisgran, Praga, Alberstard; y el germánico é illirico de Roma, para los que solicitó rentas de Clemente VIII. Sabed, en fin, que en una carta que dirigió á este papa, le aseguraba: que los Jesuitas *de cualquiera parte que fuesen, eran buenos y modelos de doctrina y zelo*. ¿Y del gran pontífice dominicano, que nos refieren los anales de su época? Que les dió la penitenciaría de San Pedro; que los mandó de misioneros á la armada del vencedor de Lepanto; que en una bu. la los llamó autores del “fruto abundante que se veía en el orbe católico, por su vida ejemplar, la santidad de sus costumbres, su pericia en las letras y en las santas escrituras;” en otra los alaba como “semebradores de la divina palabra en las tierras bárbaras, y pródigos de su sangre por la salvacion de las almas;” y ya, por omitir otros mil testimonios de su benevolencia y afecto paternal, dirigiendo un breve al arzobispo de Sarlet, le dice que “hace al cielo ardientes votos porque todas las ciudades tuviesen colegios de Jesuitas.”

Por último, así concluye el citado periodista; y estas sus finales espresiones, no vienen menos al caso en la reñida oposicion que ha sufrido el restablecimiento de los Jesuitas en nuestro pais, á pesar de las reiteradas veces en que por espacio de treinta años ha sido solicitado; y de la clase de guerra que les ha hecho el partido que los odia y persigue.

“Si es honorífico á los Jesuitas, que sus enemigos no tengan casi otras armas para condenarlos, que aquellas que los absuelven; es bien triste para la humanidad, que haya hombres, que depuesto todo sentimiento de verdad, no se ruboricen de echar en cara á los inocentes, aquello mismo de que ellos son los réos; y no es fácil comprender qué sea mayor en esta conducta, si la impudencia ó la mentira. Yo respeto las opiniones de los que no aprueban la llamada de los Jesuitas, en estos tiempos á Lucerna. Pero que con toda suerte de impostu-

ras se engañe á los pueblos, y se les precipite á unos pasos que los cuesten lágrimas; que haya de cargarse á los Jesuitas de delitos que jamás han cometido; que no se respeten ya, ni leyes, ni religion, ni orden público y privado, para llevar al cabo la espulsion de unos pocos Jesuitas de Lucerna; ¿cómo ¡Dios inmortal! se sufre esto? ¿Y los pueblos se ilustran con los engaños? ¿Con la mentira es como se guian al progreso? ¿Y con las injusticias se fundan las bases de la felicidad social? Si so-capa de guerra á los Jesuitas, ocultais otras miras: ¿es de hombres de honor perseguir á los inocentes, y hacer abominables con mentiras á unas personas que solo se ocupan de hacer bien? Y si teneis estas otras miras, ¿por qué no las manifestais? ¿No debe saberlo el pueblo todo? ¿No es él quien lo hace todo? ¿Hará, pues, algo sin saber qué? ¿El pueblo es una máquina en vuestras manos? ¿Y qué será de vosotros el dia que el pueblo llegue á conocer...?"

Podia aun exhibir, seor-maestro, otros testimonios del mismo género, ya antiguos como el *Mercurio Galo-Bélgico y la Gaceta de Londres* de 1767; ya mas modernos como el *Mercurio de Francia*, *Le-Reveil*, *la Jersey-Chronicle*, *el Correo Francés* &c., que se han insertado en la repetida *Defensa*; pero deseando abreviar, oiga vd. lo que ha escrito uno de los mas ardientes adversarios de los Jesuitas en este siglo; y nada menos que en una obra dirigida espresamente á denigrarlos y hacerlos sospechosos. Atienda vd. al siguiente trozo de *El Jesuitismo antiguo y moderno*, del célebre arzobispo de Malinas Mr. de Pradt.

“¡Justo cielo! ¿qué institucion es aquesta! ¿Se encontró jamás una mas fuerte entre los hombres? ¿Qué son las humildes virtudes de los otros cenobitas comparadas con esta virilidad del génio? ¿y de qué manera ha vivido el jesuitismo? ¿cómo ha caido? Ha caido como los titanes, bajo los rayos reunidos de todos los dioses del Olimpo de esta baja tierra. ¿El aspecto de la muerte ha helado jamás su valor? ¿han dado atrás un solo paso? Que las cosas sean, como son, ó que no sean. Esta se dice haber sido la respuesta. *Sint ut sunt, aut non sint* (1). Véase lo que se llama morir en pié á uso de los emperadores, y segun el precepto de uno que fué señor del mundo. El jesuitismo ha tomado este modelo, y se ha elevado á aquella altura, que ha hecho mas imponente su caida. ¡O vosotros, ante cuyos ojos se presentáre este cuadro, guardaos bien de creer que sea parto de la imaginacion, ó de algun afecto personal! Mis palabras son dictadas por la sinceridad, y yo no sé adular ni afean un retrato. He pintado al jesuitismo como parecia en mi pensamiento, y si de algo puedo reconvenirme, es el de haber de pintar un cuadro tan grande con los

(1) Esta no fué respuesta del general de los Jesuitas, como vulgarmente se cree, sino del Sr. Clemente XIII, al rey Luis XV, que pretendia de su Santidad ciertas alteraciones del instituto en Francia.

colores de un tan débil pincel... Todo aquel que llega al grado de inscribir su nombre en el mundo, es grande, porque participa de la misma grandeza del mundo, con quien queda identificado. ¿Y quién podrá bajo este aspecto negar á San Ignacio y á su instituto el título de grande? En el orden del poder del genio humano, sería gran injusticia rehusarle el primer lugar. Ignacio fué un grande conquistador: tuvo el genio de las conquistas, y á éste hizo servir todo lo que constituye el poder: hizo del mismo el espíritu permanente é indeleble de su instituto, del que jamás se desvió éste ni aun una sola línea: tan fuerte y hábilmente estaba trazado. Sí; Ignacio fué grande, y grande entre los mas grandes, y grande de una grandeza desconocida hasta él. Fué conquistador de una nueva especie: con religiosos desarmados se apropió el mundo por doscientos años. Plantó en medio del universo un árbol con raíces eternas, que se regenera bajo el hierro destinado á mutilarlo. Si ésta no es la grandeza del genio, dígaseme en qué consiste: no es propio de la mediocridad formar colosos en bronce... El sagrado púlpito se nutre con la ciencia cristiana, se sostiene con la devocion, se autoriza con la vida de sus ministros, cuya presencia previene la conviccion de los hombres reunidos para escucharlos; se dirige, en fin, segun el conocimiento de todos los escondrijos de la conciencia cristiana y humana: ¿ciencia complicada y difícil de adquirir! Con estos títulos Bourdaloue ocupa el primer lugar; y bajo un gefe tan glorioso, y despues de él, los Jesuitas han suministrado el mayor número de predicadores distinguidos que pueda citar la Francia; su escuela ha gozado en el catolicismo de la misma distincion, y bajo este aspecto no puede justamente negárseles la consideracion y reconocimiento, tanto bajo el título religioso, cuanto el de honor por el talento humano.

“La vida privada de cada Jesuita, prosigue, era la mas austera y la mas pobre. Se veia una multitud de hombres, sujetos á una severa disciplina, sufrir con alegría todos sus rigores. Desde el portero de cada casa hasta el general, el mismo espíritu animaba y vivificaba toda la asociacion; entre ellos, cada individuo se dedicaba enteramente á la comunidad: dedicado al trabajo mientras duraban sus fuerzas, olvidado, relegado en un rincon, en algun oscuro retiro, cuando éstas se habian debilitado completamente, pobre, mantenido grasosamente, vuelto al trabajo desde el nacer la aurora; lejos de quejarse, de desertarse, de procurar romper una cadena laboriosa, el Jesuita no existia sino para honrar la corporacion que le procuraba todos estos males. Un tal espíritu estaba tan penetrado en este grande cuerpo, que en el discurso de la revolucion se han visto todos sus efectos; abandonados de sus amigos, insultados de sus émulos, perseguidos por sus enemigos, dispersos en paises estrangeros, no se veia en sus miembros sino un único deseo, el de volver á sus celdas, retornar á la cadena de las fatigas que habia oprimido su juventud, y con mucha frecuencia al exhalar el último suspiro, quejarse al cielo de

llamarlos sin haberles concedido antes el ver cumplidos sus ardientes votos.”

B.—Estupefacto me ha dejado vd., señor, con esa larga lista de escritores que me ha relatado; unos á favor de sus Jesuitas, espresándose de una manera tan clara y terminante en su elogio, que no lo pudieran hacer mejor los mas adictos á esos padres: otros, descubriendo las intrigas que se juzgaron para destruirlos, cuya sola narracion basta para demostrar la inocencia de los que fueron proscritos, violándose todas las reglas de la justicia y los fueros todos de la humanidad; otros, en fin, echando en cara á los que se llaman liberales, progresistas é ilustrados, su inconsecuencia y falta de principios, al perseguir una corporacion, que fué víctima del mas repugnante despotismo, á la que no puede negarse cuando menos la tolerancia que se ofrece á las sectas mas absurdas, y cuyo instituto no es otro que el de propagar las luces, y prestar á las naciones todo género de servicios, aun en las cosas materiales, que tanto se consideran hoy. Pero, ¿cómo es, señor, vuelvo á preguntarle, que una Compañía que debió haberse traído siempre, como dicen, en las palmas de las manos, y ser objeto hasta de la idolatría de los pueblos, estuvo constantemente en lucha con toda clase de personas, y acabo sacrificada por los mismos soberanos y autoridades que tenian mas interés en sostenerlos? ¿Cómo pudo mas la calumnia que la verdad; la hipocresía que la virtud; la envidia que la justicia; la inocencia que la perversidad?

M.—Voy á explicarlo á vd., señor-maestro, valiéndome de la alegórica pintura de un gran artista de la antigüedad, que representa los perniciosos efectos de las pasiones, cuando llegan á coligarse contra la inocencia, y á encontrar cavida ante jueces ignorantes, preocupados, poco previsores y tal vez corrompidos. Escúcheme, vd., que bien lo merece el asunto.

Calumniado atrozmente Apeles ante el rey Tolomeo, y condenado sin ser oído por las denuncias y artificios de sus contrarios, refiere Lucano, que compuso para vengarse de la ligereza de su juez, un cuadro famoso, cuya materia sirvió de guía al divino Rafael en la composicion del suyo, cuya descripcion es la siguiente.

Pinó un rey en su trono con orejas de asno, á las que hablaban dos figuras, una que representaba la *Ignorancia* y otra la *Sospecha*. Hacia su frente se veía una muger muy hermosa y adornada, con semblante fiero y respirando ira, en una mano una tea ardiendo, y con la otra arrastraba por los cabellos á un adolorido jóven (la *Inocencia*), el que parecia que con los ojos y las manos elevadas al cielo, pedia misericordia, poniendo á los dioses por testigos de su inculpable vida. Guiábale una figura pálida y asquerosa como de una persona recién salida de una larga y grave enfermedad, la que se juzgó ser la *Envidia*, y acompañaban á la *Calumnia*, representada en la primera, como sus criadas, otras dos que significaban el *Engaño* y la *Asechanza*. A corta distancia se veía otro personaje de rostro austero y pe-

o/o

nitente, que simbolizaba la *Hipocresía*, en ademán de aplaudir á palmadas aquel triunfo y de gozarse en él. En el fondo se miraba á la *Verdad*, desnuda y llena de refulgente luz, la que iba estendiéndose sobre lo restante del cuadro, que figuraba una gruta tenebrosa. = *Lucano*

Esta alegoría, señor-maestro, representa vivamente como dije poco ha, los efectos de la calumnia en los gobernantes; y da á entender de una manera muy espresiva lo que ha pasado en todos los tiempos con los inocentes calumniados, y muy especialmente con los Jesuitas antiguos en el siglo anterior, y con los modernos en el presente. Voy á explicar á vd. mis conceptos en el particular, y dejo á su recto juicio fallar sobre la exactitud de mis aplicaciones.

B.—Con mucho gusto lo escucharé á vd., tanto mas, cuanto que me ha dejado notablemente sorprendido con la descripcion de ese cuadro que aplica á la caída de los Jesuitas.

M.—Pues oígala vd., que nada es mas conforme á la cuestion de que nos hemos ocupado, y de los testimonios que he exhibido á vd. últimamente segun mi promesa, y de boca nada menos que de los hombres de mas distincion entre los mortales enemigos de la Compañía de Jesus.

El cuerpo de los Jesuitas prestaba (como vd. ha visto) los mas útiles servicios á la sociedad entera, tanto en lo religioso, como en lo literario y político; y fiado en su inocencia y en la utilidad é importancia de sus trabajos, vivia tranquilo bajo la salvaguardia de las leyes, disfrutando del aprecio universal de todas las autoridades, de quienes constantemente recibia las mas claras muestras. Empero, jamás habria sido tan grande, si como todo lo que brilla en el mundo por su saber, por su irreprochable vida, y por su zelo por el bien de los demás, no hubiera sido tambien el blanco de la enconosa *envidia* que no puede ver con buenos ojos cuanto hace sombra á una medianía, que en vano se esfuerza por sobreponerse á lo mas elevado. Esta funesta pasion, que siempre ha perseguido á cuanto ilustre se ha presentado en el orbe, comenzó á hacerle guerra desde su nacimiento, y desde ese mismo instante fué el objeto á que se dirigieron sus mas envenenados tiros. Los hereges de esa época, que blasonaban de sábios, se vieron confundidos por la verdadera sabiduría de aquellos hombres que se presentaban á combatir con ellos; los maestros que enseñaban en las universidades, miraron eclipsar su gloria ante unos nuevos profesores de mas tamaños para educar á la juventud, y de un sumo desinterés, pues la enseñaban *gratuitamente*: los falsos políticos se encontraron con una corporacion, que estableciendo los verdaderos principios sociales sobre las eternas é infalibles máximas de la religion, descubrian toda la falacia y consecuencias erradas de los que querian nuevamente establecerse; los enemigos de todo orden político y religioso, fundado en la obediencia debida á las autoridades, se hallaron al frente de un ejército escogido, que llevaba por divisa esta necesaria virtud; los propagadores de las nuevas doctrinas,

que iban á destrozár la unidad católica, descubrieron una sociedad de varones doctos, que se ocupaban en pulverizar sus sofismas, y en servir de reparo á la fé ortodoxa, que no transige con ningunas novedades, ni reconoce mas oráculo que el que emana de la columna de la verdad: los otros cuerpos de su misma profesion, por la desgracia de los tiempos, tenían en su seno individuos preocupados, ó muy agenos del espíritu de su vocacion, y por una fatalidad, ellos tambien dieron, aunque en algunos particulares, su contingente de desafectos: en fin, en los pueblos que en esa época se habian descubierto, envueltos en las tinieblas de la infidelidad é idolatría, por una parte los interesados en conservar sus absurdas creencias, por otra los que solo querian tiranizarlos y hacerlos esclavos, y por otra, los que ya corrompidos en su fé, intentaban oponerse á los progresos del catolicismo entre ellos, no pudieron dejar de mover todos los resortes posibles, para hacer oposicion á una corporacion que animada del espíritu apostólico, ponía á sus piés todos los intereses humanos, y no buscaba sino la mayor gloria de Dios y la salvacion de las almas.

Aquí tiene vd, amigo mio, en pocas palabras, descubierta la fuente de la que han brotado tantas calumnias contra San Ignacio y sus hijos; la *imprenta de la envidia*, como la ha llamado un docto capuchino, de donde han salido á luz tantos tenebrosos escritos para deturparlos, cuantos jamás acaso se han impreso contra todas las demás comunidades religiosas juntas: la fragua infernal en que se han forjado los mortíferos dardos de acusaciones, injurias y dieterios con que han sido heridos continuamente, y con que al fin se logró su destruccion, así como desde el principio del mundo hasta la época actual se ha calumniado, infamado y procurado aniquilar cuanto grande, santo y respetable ha existido sobre la tierra.

Precedida de esta infernal *envidia*, y asociada del *engaño*, que todo lo disfrazá, lo abulta y desfigura, y de la *asechanza*, que espía hasta las menores palabras para interpretarlas á su antojo, las mas sencillas intenciones para condenarlas, y los actos mas indiferentes para convertirlos en delito; la *calumnia* con aspecto hermoso, y adornada con la elocuencia del siglo, deslumbradora aunque de ningun valor, hizo su víctima á los Jesuitas, dándoles hondas heridas en su reputacion, en sus leyes, en sus escritos, en sus servicios y hasta en sus personas: nada habia en ellos que no se criticase, ninguna accion que no se dirigiese á mal fin, ningun servicio por importante que fuese que no se torciera á mala parte. Se les hizo responsables de cuanto malo se habia escrito antes de ellos; se les cargó de toda la odiosidad de los cuerpos colegiados: llovió sobre ellos esa nube de dieterios é injurias, que en otros tiempos se habian descargado contra los apóstoles, los padres de la Iglesia y las familias todas religiosas: se les hizo, por último, *solidarios* hasta de las faltas de los individuos particulares, faltas inevitables en todo cuerpo que se compone de hijos de Adán, cuya herencia ha sido el error y la mentira. Tal fué la suerte de los

Jesuitas, por espacio de mas de dos siglos: suerte miserable ante los ojos del mundo y de sus seducidos secuaces; pero muy apreciable para todos los discípulos del evangelio, digna de envidia á todas las personas religiosas, y muy honrosa para todos los amigos de la verdad. Entre ésta y la calumnia, existió una lucha constante; por todo ese tiempo los Jesuitas calumniados, ultrajados, deshonrados por los hombres inicuos, ignorantes y apasionados, eran solicitados, protegidos y llenos de favores por cuanto respetable existia en la Iglesia de Dios, por cuanto recomendable y autorizado habia en la sociedad civil; por los sábios é ignorantes, por los ricos y pobres, por los grandes y pequeños, por todos aquellos, en fin, que sabian apreciar las virtudes, y conocer el valor de los servicios que se prestan á la religion y á los pueblos. Gloriosos eran los Jesuitas porque los honraban y veneraban todos los buenos; y aun mas gloriosos porque los calumniaban, abominaban y detestaban todos los malvados é impíos; verificándose en ellos lo que San Gerónimo habia escrito á San Agustin. "A tí te veneran todos los católicos; pero lo que forma tu mayor gloria, es que te aborrezcan y persigan todos los hereges."

Pero llegó un tiempo favorable á esas pasiones; sentáronse en los tronos reyes, que con *orejas de asno*, es decir, con afecciones muy carnales, no escuchaban mas voz que la de los intereses materiales; los que dejándose seducir por la *ignorancia* de los gloriosos hechos de los Jesuitas y de los funestos ejemplares de los soberanos, que abandonando los principios religiosos, solo atienden á los consejos de aduladores que lisonjean sus pasiones con vanos títulos de una grandeza temporal, dieron oídos á la injusta *sospecha*, ó fina suspicacia, que como ya lo ha hecho notar un sábio de la antigüedad, es la inseparable compañera de los tiranos; los que halagados por los blandos murmullos de ambas engañosas sirenas, desconfiaron de sus verdaderos amigos, formaron sospechas de los únicos que podian sostener su autoridad y el órden de sus estados, y se declararon sus mas encarnizados enemigos. Aprovechó el momento la *calumnia*: arrebató á su víctima de los cabellos, es decir, de la parte mas débil que tenia; despojóla de todos los atavios de sus méritos y servicios, y por mas que supplicaba, protestando su inocencia con los ojos y manos levantadas al cielo, poniéndolo por testigo de su intachable conducta, la arrastró hácia ese tenebroso tribunal, llevando en la mano una tea encendida para deslumbrar unos ojos ya llenos de legañas, é incapaces ya de distinguir lo verdadero de lo falso. Allí fueron condenados los Jesuitas, allí proscritos y sentenciados sin apelacion, ahogando sus clamores y justas quejas, dando fuertes palmadas, celebrando su victoria, la *hipocresía*, que con sus severas máximas hace odiosa la religion, dulce y tolerante, no del error, sino de las debilidades de los hombres; y con sus máximas de filantropía, de libertad y amor á los hombres, quita la rienda á las pasiones y relaja los resortes de la sociedad. Pero al fin este triunfo ha sido efimero: la *verdad*, desnuda y sin adornos,

ha vuelto por la inocencia: descubrió ya las tramas de la conspiración: desenmascaró á los infames enemigos de la virtud: ilustró á los gefes de las naciones sobre sus verdaderos intereses: ante su brillante luz han desaparecido las densas tinieblas del infernal club en que fueron sacrificados los Jesuitas: y rehabilitados éstos ante la Iglesia, ante los gobiernos, y ante los pueblos todos, han reaparecido tan puros como el oro en el crisol. Esto es lo que nos enseña la historia: esto lo que proclaman los hombres de bien; esto, en fin, lo que ha enseñado á las naciones una triste y dolorosa experiencia de cerca de un siglo.

*B.*—No se puede negar, señor, y ya se lo he dicho otra vez, que tiene vd. habilidad para convertir lo blanco en negro y lo negro en blanco.

*M.*—Será como vd. lo dice; pero reflexione por un momento que los colores con que he pintado este cuadro, no están tomados de mi paleta. Conformándome á la moda del siglo, he presentado á los Jesuitas, no á sus jueces natos, la Iglesia, los santos y católicos, sino ante un jurado, que no puede ser mas imparcial, como compuesto en su totalidad de sus enemigos; y lo que en mis últimas conversaciones he dicho á vd., no es otra cosa que las premisas de donde he sacado la consecuencia, que vd. califica de arbitraria pintura. Imparcialmente, dígame: ¿podría yo haber sujetado á los Jesuitas á jueces mas del gusto de los hombres que se llaman ilustrados, liberales y amigos del progreso?

*B.*—En verdad, señor, que hablando de buena fé, no puedo dejar de confesar á vd. que tiene mucha razon; pero....

*M.*—Dejémonos de peros, porque nuestra plática va siendo interminable. Lo que he dicho á vd., no ha tenido mas objeto, que hacerle ver que la causa de los Jesuitas no es tan desesperada como parece, ni sostenida únicamente por los ignorantes, serviles, fanáticos y preocupados, como se dice. Por lo demás, si vd. quisiere imponerse mas en esta materia, esto no es obra de un dia, ni de artículos de periódicos. Sépase vd. que si mucho se ha escrito contra la Compañía, infinitamente mas y por mas respetables y sábios escritores, se ha escrito á su favor; y si se dice que son notables sus adversarios, infinitamente mas lo son sus amigos.

Hace como unos ocho años que el que le habla presentó á sus desafectos un catálogo de mas de cien obras, para que se instruyesen y no hablasen con tanta ligereza sobre cosas que no sabian, y de que *blasfemaban ignorándolas*. Como vd y otros sus semejantes no tienen lugar ni medios para hacer este estudio, le recomiendo únicamente que lea con atencion la *Defensa de la Compañía de Jesus*, publicada en esta capital en 1842, ó la *Historia de la provincia mexicana* de la misma, escrita por el sabio P. Alegre, y que se dió á luz en el mismo año, la obra poco ha reimpresa con el título de *Clemente XIV y los Jesuitas*, ó siquiera los tres opusculitos, titulados: *Importancia del*

*restablecimiento de la Compañía de Jesus para la pública educacion. De los Jesuitas y de su instituto; y Observaciones al dictámen del congreso de Guatemala contra la ley del restablecimiento de los Jesuitas; y entonces, cuando vd. hable con conocimiento de causa, y no enmudezca, como han enmudecido á la vista de estas obras los presuntuosos adversarios de los Jesuitas, le contestaré á todos sus peros. Concluyamos de una vez con esta última reflexion.*

Desde que aparecieron los Jesuitas en el mundo, por todo el tiempo de su existencia y hasta que fueron suprimidos; y desde que nuevamente han resucitado hasta la época actual, han tenido amigos, indiferentes y adversarios. Entre los primeros se cuentan todos los verdaderos católicos (salvo tal cual prevenido ó apasionado); en el segundo lugar entran muchos, que aunque no lo son, se precian de hombres de bien, de justos y racionales; en el último, en fin, están filiados hombres envidiosos, llenos de presuncion é inmorales, que no se paran en medios con tal de arruinar totalmente á sus terribles y virtuosos rivales. Vd. abrazará el partido que quiera; pero para que proceda con conocimiento de causa, y no solo por lo que diga cualquiera de ellos, escuche el juicio de cada cual, y segun su conciencia y honradez, decídase por el que tenga mas simpatías. Por lo que respecta á los católicos, estos son partidarios de los Jesuitas, si puede darse el nombre de partido, decidirse por lo bueno, útil y benéfico; porque saben que la Iglesia, ya reunida en Trento, y ya representada por sus pontífices durante tres siglos, ha declarado su instituto *santo, loable y piadoso*; y porque la experiencia les ha enseñado del modo mas inequívoco, lo que decia el papa Gregorio XIV, en su bula *Ecclesiae catholicae*, que: "La religion de la Compañía de Jesus, que en estos últimos tiempos ha instituido la Divina Providencia, ha trabajado con tanto ardor, y trabaja aun en la Iglesia, que debe ésta reputar por suyas las persecuciones que aquella padece; por lo que nos persuadimos, que en la paz y conservacion de la Compañía estriba tambien la conservacion é interés de la religion católica."

He llamado indiferentes, á los protestantes honrados y de luces, que si por sus opiniones religiosas, no pueden ni deben ser amigos de los Jesuitas; sin embargo, como hombres de bien reconocen sus servicios y virtudes, como sábios no se les oculta su mérito, y como buenos ciudadanos anhelan por la existencia de un cuerpo, salvaguardia del órden público. Estos, pues, confiesan con la mayor buena fé, con el luterano Kern, profesor en la universidad de Gotinga en sus *Lectioes*, que: "Esta órden célebre, segun su organizacion y tendencias, es el mas fuerte dique capaz de oponerse á las doctrinas irreligiosas y anarquistas.... forma como un baluarte comun á todas las autoridades.... ataca el mal hasta su raiz, y educa á la juventud con el temor de Dios y en la obediencia.... Que desde su supresion, la fé y la razon dejaron de estar unidas á la educacion: se ha preferido la razon con todos sus errores, como lo mas elevado del hombre, y aban-